



IV

PROFESION.—PRIMERAS MANIFESTACIONES
DEL CORAZON DIVINO



IV

CONSEGUIDO el tan deseado bien de la santa Profesion, en el día mismo que la hice quiso mi divino Maestro recibirme por su esposa; pero de una manera imposible de explicar. Sólo diré que me hablaba y trataba como si estuviera en el Tabor, siéndome esto más duro que la muerte, por no ver en mí conformidad alguna con mi Esposo, al cual miraba desfigurado por completo y desgarrado sobre el Calvario. Pero Él

me dijo: «Déjame hacer cada cosa á
 »su tiempo, pues quiero que seas aho-
 »ra el entretenimiento de mi amor, el
 »cual desea divertirse contigo á su pla-
 »cer, como lo hacen los niños con sus
 »muñecos. Es menester que te aban-
 »dones así sin otras miras ni resisten-
 »cia alguna, dejándome hallar mi con-
 »tento á tus expensas; pero nada per-
 »derás en ello.» Me prometió no ale-
 »jarse de mí jamás, diciéndome: «Está
 »siempre pronta y dispuesta á recibir-
 »me, porque quiero en adelante hacer
 »en tí mi morada, para conversar y en-
 »tretenerme contigo.»

Desde este momento me favoreció con su divina presencia; pero de un modo, cual no lo habia experimentado hasta entónces, pues nunca habia recibido una gracia tan grande, á juzgar por los efectos obrados siempre en mí desde este día. Le veía, le sentía cerca de mí y le oía mucho mejor que con los sentidos corporales, mediante

los cuales hubiera podido distraerme para desviarme de Él; pero á esto no podia poner obstáculo alguno, no teniendo en ello ninguna participacion. Me infundió un anonadamiento tan profundo, que me sentí súbitamente como caída y perdida en el abismo de mi nada, del que no he podido ya salir por respeto y homenaje á esta infinita grandeza, ante la cual queria estar siempre postrada con el rostro en tierra ó de rodillas. Hasta ahora lo he hecho, en cuanto mis ocupaciones y debilidad han podido permitírmelo, pues Él no me dejaba reposar en una postura ménos respetuosa, y no me atrevia á sentarme, á no ser cuando me hallaba en presencia de alguna persona, por la consideracion de mi indignidad, la cual Él me hacia ver tan grande, que no osaba presentarme á nadie sino con extraña confusion, y deseando que no se acordasen de mí, sino para despreciarme, humillarme é injuriarme, por-

que sólo eso merecía. Gozaba tanto este único amor de mi alma en verme tratar así, que, contra la sensibilidad de mi natural orgulloso, no me dejaba hallar gusto entre las criaturas, sino en las ocasiones de contradicción, de humillación y de abyección. Eran estas mi manjar delicioso, el cual nunca ha permitido Él que me faltase, ni jamás me decía: «Basta». Antes al contrario, suplía Él mismo la falta de parte de las criaturas ó de mí misma; pero ¡Dios mío! era de un modo mucho más sensible, cuando os mezclábais vos en ello, y sería demasiado larga mi explicación.

Me honraba con sus conversaciones; unas veces cual si fuera un amigo ó un esposo el más apasionado, otras cual un padre herido de amor por su hijo único, otras, en fin, bajo formas diferentes. Callo los efectos, que producía esto en mí. Diré solamente que me hizo ver en Él dos santidades, la una

de amor y la otra de justicia; ambas rigurosísimas á su manera, y ambas se ejercerían continuamente sobre mí. La primera me haría sufrir una especie de purgatorio dolorosísimo y difícil de soportar, para alivio de las santas almas en él detenidas, á las cuales permitiría dirigirse á mí, según su beneplácito. Y la santidad de justicia, tan terrible y espantosa para los pecadores, me haría sentir todo el peso de su justo rigor, atormentándome en beneficio de los mismos y «particularmente, me dijo, »de las almas que me están consagradas, por cuya causa te haré ver y sentir de aquí en adelante lo que te convendrá sufrir por mi amor.» Mas Vos, Dios mío, que conocéis mi ignorancia é impotencia para explicar cuanto ha pasado después entre vuestra soberana Majestad y vuestra miserable é indigna esclava, por los efectos siempre activos de vuestro amor y de vuestra gracia, dadme el medio de poder decir

algo de lo más inteligible y sensible, y capaz de hacer ver hasta qué exceso de liberalidad ha ido vuestro amor hacia un objeto tan miserable é indigno.

Mas como nada ocultaba á mi Superiora y Maestra, aunque muchas veces no comprendiese yo misma lo que les estaba diciendo, me hicieron ellas conocer que iba por caminos extraordinarios impropios de las hijas de Santa María. Esto me afligió mucho y fué causa de no dejar género de resistencia, que no hiciese para separarme de tales caminos. Mas era en vano, porque este Espíritu había adquirido tal imperio sobre el mio, que no podía ya disponer de este, ni tampoco de mis otras potencias interiores, las cuales tenia absortas en Él. Me esforzaba cuanto podía por seguir el método de oracion, que me enseñaban, con las otras prácticas; pero nada quedaba en mi espíritu. Por más que leía los puntos de mi oracion se desvanecía todo,

y no me era posible entender, ni retener nada, fuera de lo que me enseñaba mi divino Maestro. Esto me hacía sufrir mucho, porque se destruían en mí, en cuanto era posible, todas sus operaciones, y sin embargo, se me ordenaba hacerlo así. De este modo, siguiendo exactamente cuanto la obediencia me mandaba, combatía contra Él con todas mis fuerzas para sustraerme á su poder, que hacía inútil el mio.

Quejábame á Él diciéndole: «Y bien, »mi soberano Maestro, ¿por qué no me »dejais en el camino ordinario de las »hijas de Santa María? ¿Me habeis traído á vuestra santa casa para perderme? Dad esas gracias extraordinarias á las almas escogidas, las cuales »sabrán corresponderos y glorificaros »mejor que yo, que sólo sé resistiros. »No quiero sino vuestro amor y vuestra cruz, y esto me basta para ser una »buena religiosa, que es todo cuanto »deseo.» Y Él me respondió: «Comba-

»tamos, hija mia, lo admito gustoso, y
 »veremos quién conseguirá la victoria,
 »si el Criador ó la criatura, la fuerza ó
 »la debilidad, la Omnipotencia ó la im-
 »potencia; pero el que sea vencedor, lo
 »será para siempre.» Púsome esto en
 una confusion extrema, durante la cual
 me dijo: «Sabe que no me has ofendido
 »con esas luchas y oposiciones que me
 »has hecho por obediencia, por la cual
 »di mi vida; pero quiero enseñarte que
 »soy el dueño absoluto de mis dones
 »y de mis criaturas, y que nada po-
 »drá impedirme cumplir mis designios.
 »Por lo cual no sólo quiero que hagas
 »cuanto te manden tus Superiores, sino
 »más aún, que nada hagas, de cuanto
 »yo te ordenare, sin su consentimiento;
 »porque amo la obediencia y sin ella no
 »se me puede agradar.» Quedó con
 esto complacida mi Superiora y me or-
 denó abandonarme en brazos del divino
 poder, lo cual hice con grande gozo, y
 sintiendo súbitamente paz en mi alma,

que estaba sufriendo una tiranía cruel.

Me pidió, despues de comulgar, que
 le reiterase el sacrificio ofrecido ya, de
 mi libertad y de todo mi ser; lo hice
 con toda mi alma diciéndole: «Con tal
 »que no hagais, mi Soberano Maes-
 »tro, aparecer nunca en mí nada de
 »extraordinario, á no ser lo que pueda
 »causarme mayor humillacion y des-
 »precio delante de las criaturas y des-
 »truirme en su estimacion; pues, ¡ay
 »de mí! conozco, Dios mio, mi flaqueza,
 »temo haceros traicion y que no estén
 »seguros en mí vuestros dones.»—
 «Nada temas, hija mia, me dijo, todo
 »lo arreglaré, porque yo mismo seré el
 »custodio y te haré impotente para re-
 »sistirme.»—«¿Y qué, Dios mio, me
 »dejareis vivir siempre sin sufrir?»

Se me mostró inmediatamente una
 gran cruz, cuya extremidad no podia
 ver; pero toda ella estaba cubierta de
 flores: «He ahí el lecho de mis castas
 »esposas, me dijo, donde te haré gustar

»las delicias de mi amor: poco á poco
»irán cayendo esas flores, y sólo te
»quedarán las espinas, ocultas ahora á
»causa de tu flaqueza, las cuales te ha-
»rán sentir tan vivamente sus punza-
»das, que tendrás necesidad de toda
»la fuerza de mi amor para soportar el
»sufrimiento.» Regocijéronme en ex-
tremo estas palabras, pensando que no
habría jamás penas, humillaciones, ni
desprecios suficientes á extinguir mi
ardiente sed de padecer, ni podría ha-
llar yo mayor sufrimiento que la pena
de no sufrir lo bastante, pues no deja-
ba de estimularme su amor de día ni
de noche. Pero me afligian las dulzu-
ras: deseaba la cruz sin mezcla, y habría
querido por esto ver siempre mi cuer-
po agobiado por las austeridades y el
trabajo. Tomaba de éste cuanto mis
fuerzas podían soportar, porque no me
era posible vivir un instante sin sufri-
miento. Cuanto más sufría, más con-
tentaba á la santidad de amor, la cual

había encendido en mi corazón tres de-
seos, que me atormentaban incesante-
mente: el uno de sufrir, el otro de
amarle y comulgar, el tercero de morir
para unirme con Él.

No me cuidaba ya de tiempos ni de
lugares, desde que me acompañaba á
todas partes mi Soberano. Me hallaba
indiferente para todas las disposiciones,
que acerca de mí pudieran tomarse: el
estar bien segura de que Él se había
entregado á mí sin mérito alguno de
mi parte y sólo por su pura bondad, y
por consiguiente nadie podría quitár-
melo, me hacía vivir contenta en todas
partes. Experimenté esto, cuando se
me obligó á hacer los ejercicios de mi
profesión guardando en el jardín una
asnilla con su pollino, los cuales no
poco ejercitaban mi paciencia, porque
no se me permitía atarla, y se quería
que la retuviese en un pequeño ángulo
antes señalado, por temor de que no
causaran daño alguno, y no hacían sino

correr. No hallaba momento de reposo hasta el toque del *Angelus* de la tarde, que iba á cenar, y aún despues volvía al establo, donde empleaba parte del tiempo de los Maitines en darle su pienso.

Tal era mi gusto en esta ocupacion, que no me sentiría inquieta aunque hubiera de durarme toda la vida. Tan fiel compañero hallaba en mi Soberano, que para nada me impedian cuantas carreras me era preciso dar. Pues allí fué donde recibí tan grandes favores, cual nunca los habia experimentado semejantes; sobre todo aquel en que me dió conocimientos acerca del misterio de su sagrada Pasion y muerte. Pero su descripcion es un abismo, y la suprimo por no hacerme interminable. Diré solamente que me inflamó tanto en amor de la cruz, que no puedo vivir un instante sin sufrir; pero sufrir en silencio, sin consuelo, alivio ni compasion, y morir con el Soberano de mi alma,

agobiada bajo la cruz de toda clase de oprobios, humillaciones, olvidos y desprecios. Este amor me ha durado toda mi vida, y la he pasado toda entera, gracias á su misericordia, en este género de ejercicios del puro amor. Él ha tenido siempre el cuidado de proveerme con abundancia de estos manjares tan deliciosos á su paladar, que jamás dice: «Basta.»

Una vez me dió esta leccion mi divino Maestro con motivo de una falta cometida por mí: «Sabe, me dijo, que »soy un Maestro santo, y enseño la santidad. Soy puro, y no puedo sufrir la »más pequeña mancha. Por lo tanto, es »preciso que andes en mi presencia con »simplicidad de corazon é intencion recta y pura. Pues no puedo sufrir el menor desvío, y te daré á conocer que, si »el exceso de mi amor me ha movido »á ser tu Maestro para enseñarte y formarte á mi manera y segun mis designios, no puedo soportar las almas ti-

»bias y cobardes, y que, si soy manso
 »para sufrir tus flaquezas, no seré mé-
 »nos severo y exacto en corregir tus in-
 »fidelidades.»

Bien me lo ha hecho experimentar durante toda mi vida; porque puedo decir que no me ha dejado pasar la más pequeña falta, por poco de propia voluntad ó de negligencia que hallare en ella, sin reprenderme y castigarme, aunque siempre según su infinita bondad y misericordia. Confieso, sin embargo, que nada era para mí más doloroso y terrible que verle incomodado contra mí, aunque fuese poco. En su comparación nada me parecían los demás dolores, correcciones y mortificaciones; y así iba inmediatamente á pedir penitencia, pues se contentaba con las impuestas por la obediencia.

Lo que más severamente me reprendía, era las faltas de respeto y atención delante del Santísimo Sacramen-

to, en particular en las horas de oración y del Oficio divino, las de rectitud y pureza de intención en ellos y la vana curiosidad. Aunque sus ojos puros y perspicaces descubren el más mínimo defecto de caridad y humildad para reprenderlos con rigor, nada es, sin embargo, comparable ante ellos con la falta de obediencia, ya sea á los superiores, ya á las reglas: la menor réplica á los Superiores con señales de repugnancia le es insoportable en un alma religiosa. «Te engañas, me decía, »creyendo que puedes agradarme con »esa clase de acciones y mortificaciones, en las cuales la voluntad propia, »hecha ya su elección, más bien que »someterse, consigue doblegar la voluntad de las Superiores. ¡Oh! sabe »que rechazo todo eso como fruto corrompido por el propio querer, el cual »en un alma religiosa me causa horror; »y me gustaría más verla gozando de »todas sus pequeñas comodidades por

»obediencia, que martirizándose con
 »austeridades y ayunos por voluntad
 »propia.» Y así cuando me ocurre ha-
 cer una de esas mortificaciones y pe-
 nitencias por propia eleccion, sin ór-
 den suya ó de mis Superiores, no me
 permite siquiera ofrecérselas, y me cor-
 rige imponiéndome la pena, como lo
 hace con las demás faltas, cada una de
 las cuales tiene la suya particular en
 este purgatorio, en que me purifica
 para hacerme ménos indigna de su
 divina presencia, comunicacion y ope-
 raciones; pues Él es quien todo lo
 hace en mí.

Un día que tomaba disciplina, al
 terminar el *Ave maris stella*, que era
 el tiempo concedido para esto, me dijo:
 «He ahí mi parte,» y prosiguiendo yo,
 «He ahí la del demonio—añadió—lo
 »que haces ahora:» Lo cual me hizo ce-
 sar al momento. Otra vez, tomándola
 por las almas del Purgatorio, desde el
 instante en que quise traspasar los lí-

mites permitidos, me rodearon estas
 quejándose de que descargaba sobre
 ellas los golpes. Por esto me resolví á
 morir ántes de traspasar, por poco que
 fuera, los límites de la obediencia; pues,
 despues de todo, me obligaba á hacer
 penitencia por ello. Pero nada encon-
 traba difícil, porque todavía en esa
 época tenia Él anegado en las dulzuras
 de su amor, todo el rigor de mis penas
 y sufrimientos. Pedíale con frecuencia
 que apartara de mí tales dulzuras, para
 dejarme gustar con placer las amargu-
 ras de sus angustias, abandonos, ago-
 nías, oprobios y demás tormentos; mas
 respondiame que debia someterme con
 indiferencia á todas sus varias disposi-
 ciones y nunca dictarle leyes: «Yo te
 »haré comprender en adelante que soy
 »un sabio y prudente Director, y sé
 »conducir sin peligro las almas, cuan-
 »do se abandonan á mí, olvidándose
 »de sí mismas.»

Un día, que me hallaba un poco más

libre, pues las ocupaciones de la obediencia apenas me dejaban reposar, estando delante del Santísimo Sacramento, me encontré toda penetrada por esta divina presencia; pero tan fuertemente, que me olvidé de mí misma y del lugar en que estaba, y me abandoné á este Espíritu entregando mi corazón á la fuerza de su amor. Me hizo reposar por muy largo tiempo sobre su pecho divino, en el cual me descubrió todas las maravillas de su amor y los secretos inexplicables de su Corazón Sagrado, que hasta entónces me había tenido siempre ocultos. Aquí me los descubrió por vez primera; pero de un modo tan operativo y sensible, que, á juzgar por los efectos producidos en mí por esta gracia, no me deja motivo alguno de duda, á pesar de temer siempre engañarme en todo cuanto refiero de mi interior. He aquí cómo me parece haber sucedido esto:

Él me dijo: «Mi divino Corazón está

»tan apasionado de amor por los hombres, y por ti en particular, que no
 »pudiendo ya contener en sí mismo las
 »llamas de su caridad ardiente, le es
 »preciso comunicarlas por tu medio, y
 »manifestarse á todos para enriquecer-
 »los con los preciosos tesoros, que te
 »descubro, y los cuales contienen las
 »gracias santificantes y saludables ne-
 »cesarias para separarles del abismo de
 »perdicion. Te he elegido como un
 »abismo de indignidad y de ignorancia,
 »á fin de que sea todo obra mia.»

Me pidió despues el corazón, y yo le supliqué que le tomase. Le cogió é introdujo en su Corazón adorable, en el cual me le mostró como un pequeño átomo, que se consumía en aquel horno encendido. Le sacó de allí cual si fuera un allama ardiente en forma de corazón, y volvióle á poner en el sitio de donde le había cogido, diciéndome: «He ahí,
 »mi muy amada, una preciosa prenda
 »de mi amor, el cual encierra en tu pe-

»cho una pequeña centella de sus vivas
 »llamas para que te sirva de corazon, y
 »te consuma hasta el postrer momen-
 »to. No se extinguirá su ardor, ni podrá
 »encontrar refrigerio á no ser algun tan-
 »to en la sangría, cuya sangre marcaré
 »de tal modo con mi cruz, que en vez
 »de alivio te servirá de humillacion y
 »sufrimiento. Por esto quiero que la pi-
 »das con sencillez, ya para cumplir la
 »regla, ya para darte el consuelo de
 »derramar tu sangre sobre la cruz de
 »las humillaciones. Y por señal de no
 »ser pura imaginacion la grande gracia,
 »que acabo de concederte, y sí el fun-
 »damento de todas las que te he de
 »hacer aún, te quedará para siempre el
 »dolor de tu costado, aunque he cerra-
 »do yo mismo la llaga; y si tú no te
 »has dado hasta el presente otro nom-
 »bre que el de *mi esclava*, yo te doy
 »desde ahora el de *discípula muy que-
 »rida de mi Sagrado Corazon.*»

Despues de un favor tan grande, y

que duró por tan largo espacio de tiem-
 po sin saber si estaba en el cielo ó en
 la tierra, quedé por muchos dias como
 abrasada toda y embriagada y tan fue-
 ra de mí, que no podía reponerme para
 hablar, sino haciéndome violencia; y era
 tanto lo que me necesitaba violentar
 para recrearme y comer, que llegaba al
 extremo de agotar mis fuerzas para
 sobreponerme á la pena, causándome
 esto una humillacion profunda. Tam-
 poco podia dormir, porque la llaga, cu-
 yo dolor me es tan grato, engendra en
 mí tan vivos ardores, que me consume
 y me abrasa viva.

Era tal la plenitud de Dios, que en
 mí sentia, que no me era posible expli-
 cárselo á mi Superiora, como lo habria
 deseado y hecho, no obstante la pena
 y confusion que me causan semejantes
 favores, cuando los refiero, por mi
 grande indignidad, la cual me obligaria
 á elegir ántes mil veces el publicar mis
 pecados en presencia de todo el mun-

do. Y hubiera experimentado una consolacion grande, si se me hubiese permitido hacer públicamente mi confesion general en el refectorio, para poner de manifiesto mi gran fondo de corrupcion, á fin de que nada se me atribuyera de los favores recibidos.



V

LA VÍCTIMA PREPARADA POR EL AMOR